

MEMORIAS DE LA MEMORIA

Ensayo del Maestro Fernando Soto Aparicio

- I -

La memoria es el camino que el pasado tiene para venir hasta el presente. Los hechos que fueron, gracias a la memoria siguen siendo. Y en definitiva, la memoria es el mejor antídoto contra el olvido.

La memoria colectiva nos aligera un poco las preguntas inevitables. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Quiénes somos? Venimos –dice la memoria- de un largo trayecto que recorrieron otros que se preguntaron lo mismo que nosotros. Vamos al territorio pantanoso y difícil de la incertidumbre, del que nadie ha podido salir en el curso de los siglos. Y somos –y aquí se vuelve al punto de partida o al comienzo del círculo- una suma de preguntas a las que nadie les podrá dar respuestas.

La memoria individual nos sitúa en el mundo. En un lugar, en una época, en unas circunstancias. Por ella delimitamos con mojones de sufrimientos y alegrías el sendero existencial que nos ha tocado recorrer; por ella reconstruimos un rostro amado, una expresión amarga, un paisaje, la música de una guitarra diluida en la noche, el tembloroso y húmedo sabor del primer beso, el gusto ácido del llanto cuando por primera vez nos mojó la cara.

Sendero arado por nuestros pasos, amasado con nuestra duda y recorrido con nuestra vacilación y nuestra angustia. Rostro que en la penumbra de los olvidos es como un sol de invierno que sigue suspendido sobre las

seis de una tarde interminable. Experiencia que es la aliada incuestionable de la memoria, inseparables las dos como en la religión de los druidas lo eran el muérdago y el roble. Paisaje que se queda en el álbum del alma, cuyas hojas repasamos para sabernos vivos. Música que ocupa los pentagramas del recuerdo y que nos devuelve a una edad que deseáramos no haber abandonado nunca. Beso que nos marcó definitivamente, y que con el calor de su excitación nos dibujó para la eternidad el rostro ansioso de una niña que deseaba ser habitada como mujer. Llanto que en nosotros es tan humano como el sentido de la finitud, determinada por el conocimiento y la certeza de la muerte.

La memoria, entonces, somos nosotros mismos, nosotros gozantes y dolientes, nosotros como trébol y estrella, como misterio indescifrable, como llama vacilante, indecisión, totalidad.

- II -

El Viejo estaba sentado a la orilla del atardecer. Tenía telarañas en los ojos, polvo de los desiertos en las manos, sed de eternidades en los labios, hojas de almanaques infinitos pegadas en el cuerpo.

Fijo en su sitio, notó la reverberación de la luz acercándose, la vibración del aire sacudiéndolo, la permanente renovación de la música despertándolo.

Y vio a la Doncella y fue consciente del movimiento que la acompañaba, de la potencia cósmica que la hacía ubicua, múltiple, diversa. Y se sintió amarrado al cansancio bajo la sombra ausente de un árbol que ya no tenía hojas, y que también había acabado por perder los pájaros del estío.

Ella parecía envejecidamente joven, o adolescentemente vieja. Era difícil precisarlo. Pero la forma como lo recorría todo, desde el desconocido comienzo del camino hasta su imprevisible final, era una magia de ímpetus desatados, de súbitas paradas, de avances locos y de retrocesos incalculables. La Doncella era un ser hermosamente complejo, y cabían en sus ojos anaqueles iluminados y laberintos insondables.

Llegó junto al Viejo, lo envolvió en los velos inconsútiles de su túnica, pasó de largo como las lluvias de la primavera, regresó, llenó de hojas los gajos huérfanos de trinos, reverdeció los trigales, acercó el horizonte y después lo disparó hacia la distancia en el vuelo de las palomas.

El Viejo era el tiempo, que nunca puede rehacer lo que perdimos. La Doncella es la memoria, que lo abarca todo, y que en su dimensión iluminada es un eterno presente.

- III -

La memoria suena como la voz con que la abuela nos contaba historias de aparecidos, de niños abandonados y recuperados, de inundaciones y de incendios, de floraciones y cosechas. Cuando caía la oscuridad solíamos reunirnos en la amplia cocina de la casa, donde el calor y la luz salían de la estufa de carbón o de leña. Ahora la memoria me lleva de la mano por los

rincones donde estaba sentada la penumbra, me coloca en el banco de madera, me arropa con los brazos de mi madre. La memoria me cuenta lo que entonces nos contaba la abuela, mientras su propia memoria iba llevándola hasta la época en que fue niña, y en una cocina más pequeña, junto al fogón donde ardían los troncos viejos, oía a su abuela contando lo que había sucedido muchos años antes, cuando ella era niña y oía las palabras con que su madre le contaba lo sucedido años atrás. Y así, siempre retrocediendo, la memoria iba reconstruyendo los contornos y las imágenes, en un viaje hermoso y vivo cuyos círculos eran interminables.

La memoria tiene la voz de mi primera novia, sus mismos ojos verdes, su piel morena, el sabor de su boca en la penumbra de los eucaliptos y las acacias, el estremecimiento del sol de los venados cuando los perros de la noche lo perseguían hasta detrás del horizonte. Tiene esa palpitación y esa ansiedad desconocidas, ese detenerse delante del misterio como en el límite de un lago insondable que tenía peces como espuma de azahares y magnolias. Guarda para el presente el desconcierto ante el contacto de unos labios que parecían haber crecido por todo el cuerpo, y el milagro de sentir esa vida ajena entregándose en el cálido aliento que olía a ciruelas y a semillas de eneldo.

La memoria tiene los colores locos y arbitrarios y alegres de una cometa que construyó mi padre cuando yo aún no había aprendido a caminar, pero ya sabía soñar. Una cometa que le puso un lunar a la piel azul del cielo de diciembre, y que mi padre manejaba desde la tierra, llamándola en ocasiones hasta la altura de los arrayanes y los mortíños, o dejándola suelta para que hablara con las nubes y se fuera de ronda con el viento de agosto.

Y tiembla la memoria a mi lado como el agua del río cuando, intentando saltarlo, caí en el fondo de un pozo donde todavía por las noches cantaban los sapos y en el día viajaban los pescados. Y suena la memoria en mi oído con las canciones de la primera serenata que le llevé a una muchacha en la vereda, cuando veredas y muchachas no olían a pólvora y a sangre. Y se estremece la memoria con el tiritar de mis manos en el momento en que empezaron a desnudar a la primera mujer de mi vida, por allá en mis doce años; y huele la memoria como su cuerpo abierto para el goce, y grita la memoria como sus labios cuando entre gemidos pronunciaron mi nombre, y disfruta la memoria con el placer inicial de mi cuerpo, envolviéndome desde entonces hasta ahora, haciéndose presente, reconstruyendo el éxtasis.

Pero también la memoria llora conmigo en mi primer enfrentamiento con la muerte, cuando entró a mi casa y segó los cuarenta años de mi padre. Duele la memoria como una herida que nunca se podrá cerrar, y entonces oigo los llantos, y los rezos, y el sonido largo y lastimero de las campanas, y huelo las coronas de rosas y de anturios, y percibo el perfume acre de la tierra abierta en el sembradío del cementerio donde enterrábamos los muertos para recuperarlos después en la redondez de las cerezas y en los ojos desvelados de las violetas.

- IV -

Me detengo frente a la estatua, y noto cómo la luz arranca de sus senos la verde y yerta claridad del bronce. Ella está ahí, quieta, ala en su movimiento detenida, y yo la observo desde una distancia de más de dos

mil años. Seríamos dos hechos escuetos y sin profundidad, si no existiera la memoria. Pero es ella la que me conduce de la mano a las calles doradas de Pompeya, a los árboles plantados junto a sus construcciones de una arquitectura especial, la que me señala el rumbo de las termas y las plazas donde la gente se reúne para descansar, divertirse, conversar y edificar con palabras los recuerdos de épocas anteriores y de civilizaciones ya apagadas. O me impulsa a la Villa de los Misterios, a los vericuetos de la Casa del Laberinto, al ático florecido de la morada del Fauno, al solemne silencio del templo de Júpiter. Gracias a la memoria la estatua de la mujer desnuda cobra vida, se anima, se sitúa en el patio de la casa de Menandro, uno de los pompeyanos más ricos y soberbios, y me entrega en sus formas quietas toda una historia, todo el pasado de una ciudad y de una forma de vida, toda la dimensión de una tragedia que no pudimos presenciar pero a cuyo desarrollo asistimos aterrados de asombro. De ese mar de humo y fuego, de barro y de ceniza, de ese tiempo aterrado por los leones que rugían en la cueva del volcán, viene en las páginas escritas por la memoria el desarrollo de un imperio donde también se amó y se odió, donde los destinos humanos tejieron el tapiz de la tradición y lo legaron para que la posteridad supiera que existieron. Callada y muda, la estatua ha recuperado voz y vigencia con la memoria, y esos dos mil años de silencio se colman de palabras, retratos, aposentos, ventanales abiertos sobre las madrugadas del Vesubio; y esa adolescente que sirvió de modelo, gracias a la memoria es ahora Astarté o Afrodita o Friné o Bilitis, y es tan real como las muchachas que pasan por la calle muchos siglos después de la tragedia.

O miro un cuadro y percibo su hermosura, el juego sorprendente de los colores, la caprichosa perspectiva que le da profundidad y sentido. Pero el cuadro solo, colgado en la pared blanca, apenas me conmueve por su belleza. Y sin embargo, cuando la memoria salta desde los pinceles y se acerca a mi entendimiento y a mi alma, ese mismo cuadro tiene la segunda piel de la historia. Y veo a la joven bañista que plasmaron las manos de Renoir, me conmueven sus dulces senos desnudos, esa tranquila entrega de los ojos cerrados, la mimosa expresión de su boca, el abandono que indica en ella la existencia de la confianza y del amor. O veo en las majas del balcón el cuidado de los óleos de don Francisco de Goya; son actuales y vivas en los comentarios que no escuchamos pero que intuimos, en los colores de sus vestidos y en las dueñas sombrías que se ven cuchicheando a sus espaldas. La memoria reconstruye dos épocas, el París de 1.870 y las estrechas calles de Madrid de un siglo antes, y toda esa historia regresa hasta mi lado, mansamente entregada para que yo la entienda y la disfrute.

Subo, paso a paso, las gradas que llevan a la tumba real de Machu-Picchu. La profunda oscuridad de los siglos me corta el paso como un muro tenebroso y difícil. Luego avanzo hasta colocarme frente a la columna tetraédrica a la que se amarraba el sol, el Intihuantana, y evoco los solsticios, las horas, las estaciones, y sobre todo las Vírgenes del Sol que vigilaban los momentos del día, los pasos quedos de la noche y los viajes que los hombres debían seguir, desde la enorme cumbre hasta la hoz de plata del Urubamba. Voy hasta la Casa de la Ñusta, y me asomo con mi curiosidad de ahora a cada una de las tres ventanas del templo. Ahí estaban alfareros, orfebres, sacerdotes,

maestros. Ahí se oía la música de las quenas y de las ocarinas, se declamaba la poesía, y las mujeres trenzaban con sus pasos delicados la invisible madeja de la danza. Y ahora sólo hay silencio, inmensidad, misterio. ¿En dónde están los incas, sus costumbres, sus tradiciones guerreras y religiosas? Ahí, entre las ruinas sobrecogedoras de Machu-Picchu. Ahí está detenida, estratificada, quieta, la memoria. Lo que pasa, para nuestra desgracia, es que no sabemos leerla.

Pero en todos los testimonios que ha dejado el hombre en su andar a través del tiempo, la memoria está lista para recibir las tradiciones. Así, aún conservamos el rostro de la joven bañista, y los rasgos de las vestales de Inti. La memoria, presente, múltiple, incansable, sigue vigilando el tránsito del hombre, para que éste no haya pasado en vano.

- V -

La memoria suele habitar en los lugares más extraños. Esas casas viejas, de paredes llagadas; de ventanas ya ciegas; de puertas que se quedaron abiertas cuando los vagabundos se robaron los maderos para calentar sus noches sin destino; de corredores por donde sólo corre el viento; de columnas que sostienen el peso de los últimos crepúsculos; de tejas habitadas por familias de yerbajos y musgos; de habitaciones donde el eco se esconde huyéndole a la jauría de las palabras.

O en los barcos abandonados, que con una herrumbrosa nostalgia de tempestades y de fiordos se quedaron muriéndose en los muelles, donde ya nadie pensará jamás en carenarlos; en los camarotes donde tal vez en otras temporadas cuerpos entrelazados de lujuria brillaron en la combustión de los

orgasmos; en la proa que besaba las costas y comunicaba al resto de la estructura la expectativa del arribo; en el timón que adivinaba los caminos sumergidos donde ahora sólo andan cardúmenes de oscuridad.

En los cementerios, debajo de los brazos abiertos de los cerezos que canjeaban sus hojas por los frutos maduros en las alboradas del verano; en los senderos y las avenidas donde al amanecer se oyen los pasos cautos y madrugadores de la muerte; en las tumbas abiertas en la tierra, como bostezos que se tragarón bocanadas de vida; en las bóvedas de ángeles y dragones y caballos de mármol o de yeso, detenidos en medio de la carrera así como sus ocupantes fueron frenados en toda la mitad de la vida.

En los adoratorios y los lagos callados y los bosques místicos, donde aún se oye el murmullo de muchas voces, se escuchan llantos y gritos, canciones y lamentos; en cada una de las piedras sagradas que marcaron el paso de los soles, la llegada puntual de los solsticios y de los equinoccios; en los reclinatorios donde tímidas doncellas se postraron para que dioses primigenios bajaran a estampar en la tierra la huella de sus pasos.

La memoria habita en esos sitios por donde el hombre ha ido buscándose a sí mismo, intentando explicarse por qué se le negaron las cumbres y se le dieron los abismos, por qué se le nombró rey del dolor y apenas vasallo de la felicidad, y por qué, finalmente, esa memoria no le dice nada acerca de los arcanos que desde el comienzo del tiempo se le asignaron como su único patrimonio. Porque, así como a veces habla con múltiples acentos, la memoria también puede tender sobre las voces del hombre una infinita pausa de silencio.

- VI -

Las habían colocado en el centro del jardín, y el dueño del Poder Cósmico las miraba, mientras sus palpitations de energía señalaban las coordenadas del paisaje. El jardín era un poco extraño porque en sus parterres no crecían los pensamientos o los miosotis, sino asteroides y aerolitos, y en las parcelas más grandes constelaciones y trozos titilantes de eternidad.

Y el que detentaba el Poder las fue eligiendo, y una vez seleccionadas sopló sobre ellas y las esparció por los cuatro rincones de la Tierra, aun antes de que los ojos del hombre pudieran contemplar los primeros atardeceres de la creación.

Y eligió la Sabiduría, dándole una lámpara que aclaraba los horizontes y que inauguraba los caminos. Ella iba por el interior de los seres humanos como una estampida de soles, y los recodos y las simas se hicieron imposibles, porque su claridad pretendía iluminarlo todo. Con ella nacieron las palabras y los primeros compases de la música, y las manos aprendieron a trabajar el barro y los metales para crear otros seres y soñar otros mundos. Pero en ocasiones resultaba imperfecta porque no alcanzaba a llegar a muchos sitios penumbrosos y distantes, y aunque con ella iba la luz, esa luz se encargaba de hacer más densas las tinieblas y de darle un relieve triste y amargo a la oscuridad.

Y llamó a la Esperanza, que fue como un viento de otoño que levantó las hojas decapitadas de los gajos por la guadaña de la tristeza. También trazó senderos y maduró cosechas, hizo crecer los árboles y susurró los primeros cantos, les dio sentido a las colmenas de las abejas y los pensamientos, y agitó castañuelas como

corazones y arpas como lluvias y tambores como sentimientos desbocados. Pero tuvo unos límites siniestros, propició el llanto y la rebeldía, azuzó los galgos de la rebelión y de la amargura, y no pudo dar un solo paso sin que con ella avanzara la desesperanza que no permite los cantos de júbilo y le pone mordaza a la alegría.

Y también envió a la Tierra otra muchacha hermosa, sutil y a veces invisible, y la llamó Felicidad. Ella existía sin que nadie supiera precisamente en dónde; se oía su voz y cuando el hombre se acercaba a ella sólo encontraba el eco, apagándose, ya desapareciendo; se percibía el perfume que dejaba su ausencia, y se decía que era tan real que solamente andaba por los sueños. Para los habitantes de la Tierra, la Felicidad fue como el testimonio de lo que habían perdido, y aprendieron a soportar la distancia donde habitaba, los castillos de naipes donde solía detenerse, los espejismos donde brillaban sus miradas, sólo como un castigo. Porque nunca quiso ser de nadie y apenas dejaba, como las mariposas en las manos de quienes quieren atraparlas, los colores inciertos de su fuga.

Y también eligió la Memoria, y ella vino a la Tierra para reconstruirlo todo y para darle al hombre testimonio de su existencia, de su constancia y de su historia. Trajo entre las manos los volcanes de las primeras épocas geológicas, y el nacimiento de los ríos y de las estrellas, y los pasos iniciales del hombre cuando no habían brotado los paisajes. Y revivió batallas y conjuros, sacudió el agua premonitoria de los lebrillos, desató los huracanes de las palabras y los besos, encendió las fogatas del pasado empujándolo hacia los pasos raudos del presente. Con ella el hombre

tomó conciencia de sí mismo; y aunque no pudo explicarse qué hacía en el mundo, por lo menos logró recordar y organizar las preguntas que lo martirizaban desde siempre. La Memoria fue de todos y para todos y fundó enormes bibliotecas de recuerdos, le ganó los torneos al olvido y puso al hombre en el centro de la creación.

Y el dueño del Poder Cósmico entendió que de aquellas hermosas figuras que danzaban dentro de la chispeante música de la gran energía, la Memoria era la más fiel compañera del hombre.

- VII -

Hay palabras muy cercanas a la memoria. Como amigas suyas. Como ver en los ojos de una persona un rostro conocido, que aflora desde la profundidad de los afectos. Vocablos melódicos que de un solo golpe nos devuelven a épocas ya pasadas, nos traen amigos que alguna vez llenaron nuestras retinas con sus gestos y sus sonrisas, nos acercan paisajes y músicas y poemas, o momentos en los cuales sentimos la carencia de los pinceles, del pentagrama y de esos surcos inextinguibles de los renglones.

Palabras como *olvido*, que es el azogue del espejo donde se mira la memoria. Otras que suenan igual que las campanas de un ángelus escuchado de la mano tibia de la madre, como *pretérito, ayer, pasado*. Otras que duelen en la mitad del alma, que marcan la diferencia entre la felicidad y la amargura, como *distancia*. O como *lejanía*, que tiene parentesco cercano con horizonte, con olas y acantilados y arrecifes. O palabras que traen de golpe el olor de los flamboyanes cuando trepan por los paredones

de piedra, como *añoranza* o *remembranza*. O una que es capaz de contener en sus tres sílabas la fuente inextinguible del llanto: *nostalgia*.

Palabras, sí, ya que el hombre es hombre porque es también palabra.

Y *tristeza* es igualmente cercana a la memoria. Y otras aún más específicas y dolorosas, como *desamor*, *traición*, *engaño*. Cuando a la mujer que nos ama se le acaba la memoria de amarnos y entonces nos olvida. Voces que quizás no tengan un parentesco evidente pero que tienen una carga emocional tremenda, como *perfume*. ¿A qué huele la memoria? Y otras que son cotidianas y cálidas para los que escribimos. *Misterio*, sin duda, porque la memoria es la más misteriosa y fascinante de las facultades del hombre. *Milagro*, puesto que recordar es hacer retroceder la vida. *Martirio*, ya que la memoria en ocasiones duele como un tumor maligno que no sabemos por qué medios extirpar.

Ausencia, es otra voz entrañable, cercana a trenes, barcos, pañuelos, despedida. Y, desde luego, *amor*. La memoria del amor es el amor de nuevo. Tal vez ahí, en esa palabra y en el sentimiento que designa, es donde la memoria consigue su obra cumbre. Memoria y Amor: dos hermosos vocablos que marchan de la mano, y sostienen el columpio de nuestra ilusión y el turíbulo donde se queman nuestros sueños.

- VIII -

La memoria es lo que nos define como seres humanos, la que nos diferencia, la que de alguna manera nos da la certeza de nuestra procedencia cósmica. Por la memoria escribimos la historia, reconstruimos las costumbres, celebramos los triunfos. Pero

también la memoria nos cuenta las derrotas, la vacilación y la desdicha. En la gran lucha cotidiana entre el olvido y el recuerdo, el hombre esgrime la memoria intentando manejarla y enfocarla sobre lo que le agrada. Pero la memoria es como un espejo: aunque se fraccione, no se parcializa. La memoria es totalidad.

¿Qué fuera del hombre sin su pasado? Tampoco podría tener futuro, y sería sólo un presente sin huellas ni premoniciones. Lo que le da al hombre su característica esencial es, entonces, su capacidad de recordar.

Así como a veces, caminando por un campo de trigo, sentimos que se levanta una bandada de palomas anunciando la madrugada, también en ocasiones, andando por el campo de la vida, escuchamos que se alza una procesión de alas, avisándonos de la llegada del recuerdo. Y una vez que los recuerdos han volado, ya nadie puede detenerlos. El recuerdo no podría vivir en una jaula. La libertad es su esencia. Se presenta cuando le provoca, se va cuando se le antoja. Los recuerdos son los hijos predilectos de la memoria. Son los que le prestan sus alas para que no deje de volar nunca.

Dentro de las cosas inherentes al hombre, como la duda, la angustia, la finitud; como su propensión a aceptarle las mentiras a la esperanza y los espejismos a la felicidad; como su tendencia para la imaginación y para los sueños; y como su inevitable inclinación a la incertidumbre y al sufrimiento, la memoria es inalterable, auténtica, íntegra. Por eso podemos decir sin temor a equivocarnos, que la memoria es el hombre. Y que el hombre tiene importancia, proyección, futuro y permanencia pese a su transitoriedad individual, gracias a su cercanía con la memoria.

El concepto de religiosidad en la propuesta educativa de Juan Jacobo Rousseau

Gerardo López Toro*

* Filósofo, Universidad de La Salle, y teólogo. Magíster en filosofía, Universidad Javeriana. Profesor de latín y griego en varias universidades. Profesor de filosofía, ética y bioética en el Departamento de Humanidades de la UMNG. Revisor y corrector de estilo de numerosos libros y revistas de la misma universidad.
revista.educacion@umng.edu.co

“No estoy de acuerdo con su señoría,
pero daría mi vida por defender el derecho que usted
tiene de expresar libremente su pensamiento”

Voltaire

Resumen

La presente investigación se propone presentar los lineamientos esenciales del pensamiento religioso de Juan Jacobo Rousseau, de manera objetiva, sin ánimo de controversia, y su influencia en la educación del niño y del joven, desde el siglo XVIII hasta hoy. Por lo tanto, no pretende hacer una apología ni un rechazo de la influencia del pensamiento protestante de este autor en el ámbito educativo. Pienso que puede ser un elemento importante para el diálogo discursivo y unificante de las dos visiones religiosas de la educación, (católica y protestante) en los últimos siglos.

Palabras clave

Estado de naturaleza, deísmo, religión natural, protestantismo, libre examen, Revelación, Encarnación, libertad moral, razón.

Abstract

This article is written in order to explain the main purposes of Jean Jacques Rousseau's thinking, in an objective way, with no controversial attitude, regarding his influence in children and youth's education, since the 18th century until today. It means that this research does not have any intention to vindicate nor refuse the Lutheran Protestantism in the educational environment.

I think this work could be an important link to a discursive and approaching dialogue between the two religious points of view (Catholic and Lutheran) throughout the last centuries.

Key words

State of nature, Deism, natural Religion, Protestantism, free Exam, Revelation, Incarnation, moral Liberty, Reason

Introducción

Todo el pensamiento de Rousseau, y en especial el religioso, está inmerso lógicamente, dentro del contexto luterano europeo.

En la propuesta educativa de Rousseau que encontramos en Emilio, vemos que en el libro I, II y III el proceso seguido es: previamente en la niñez, Emilio tendrá conocimiento relativo a las cosas en el contacto con la naturaleza. Enseguida, en la adolescencia, recibirá la enseñanza relativa a los hombres y para ello se servirá de la historia, para lo cual es modelo el antiguo historiador Plutarco quien no sólo habla de hechos y fechas sino que pinta de manera envidiable a la humanidad. En la historia, Emilio deberá estudiar el corazón humano, contemplar al hombre desde lejos viendo la escena, pero aun sin actuar en ella. Finalmente, en tercer lugar, debe ser ya iniciado en la idea de Dios, tema que desarrollará en el libro IV.

En nuestra sociedad es creencia corrientemente aceptada que el niño ya posea a los siete años el uso de razón para poder distinguir aunque sea someramente, lo bueno de lo malo, y poder recibir algunos sacramentos, como la penitencia y la eucaristía, posteriores al del bautismo con el que sus padres presuponen que aceptará la fe recibida por ellos en nombre de él, cuando llegará al uso de la razón.

Rousseau, con argumentos muy coherentes de su sistema se opone a este pensar asegurando que “por simple observación de la historia natural ... yo no le concedo al educando la capacidad de la razón ni siquiera a los quince años.”²⁴².

Es necesario, pues, que el preceptor mantenga a Emilio alejado de la religión, ya que como no puede comprenderla antes de la edad de quince años y “quizás de dieciocho años” todo lo que se diera a conocer antes de tiempo sería aceptado solamente por que lo dicen los demás.

Pero precisamente, si la tesis educativa es educar al niño en la libertad y para la libertad, y si es en materia de religión donde se dan variadas opiniones, es necesario alejarlo sacudiendo el yugo de ellas y de toda autoridad externa que impida en Emilio la formación de su autonomía. Dejando de lado lo que él llama religión particular que es la que resulta de dogmas y preceptos inventados para los hombres de un tiempo y una raza determinadas, y por hombres cuyas opiniones particulares atentan contra la libertad interior, será sólo la religión natural la que se dará a Emilio. Pero la religión natural, cuyos principios son revelados en la

naturaleza y la conciencia, será enseñada a Emilio a los dieciocho años, cuando la razón y la conciencia, a los cuales se dirige únicamente, se hayan formado convenientemente, de manera gradual, siguiendo el proceso espontáneo de la naturaleza, y estén los educandos según la razón y la conciencia, bastante formados e instruidos para comprender.

Solamente respetando esta gradación progresiva y evolutiva que se manifiesta en la marcha de su espíritu y su corazón, y en la correspondencia de ciertas fases de su desarrollo en la aparición de nuevas facultades y el despertar de las aptitudes cognitivas, se llegará a su debido tiempo al tema religioso.

El tema religioso en la educación del niño aparece casi en los últimos escalones de su proceso total, siendo los primeros, como propedéutica básica y la estructura sobre la cual descansará: hasta los dos años la educación será corporal; hasta los doce, de los sentidos; de los doce a los dieciséis, del espíritu; de los dieciséis a los veinte, del corazón y la razón (aquí se ubica la educación de la religiosidad); a los veinte, la educación de la libertad moral y de la virtud.

Por lo anteriormente dicho, vemos que la razón no aparece sino tardíamente, por lo cual es un absurdo tratar de hacer razonar al niño o intentar razonar con él, lo cual sería equivalente a empezar por el final. “Si los niños comprendieran mediante la razón, no tendrían necesidad de ser educados.”²⁴³

Tanto en su obra *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, como en el *Emilio*, son abundantes

²⁴² Rousseau, Juan Jacobo. *Emilio o la educación*. Libro IV, pág. 368. Bruguera, 1983.

²⁴³ Op. cit., Libro II.

las citas en que Rousseau mantiene una idea que es central en su pensamiento educativo: el papel del corazón, o la primacía del sentimiento sobre la razón.... “Es difícil que una educación donde el corazón se mezcla, quede perdida para siempre”²⁴⁴.

La sociedad, corruptora de la bondad natural del hombre, con su acción maléfica ha subordinado la razón a las pasiones, al orgullo y a la opinión. Para liberarla es necesario que la razón se aplique no en un descubrimiento de la verdad de tipo metafísico, sino en dar satisfacción a las convicciones internas y creencias, que suscita la contemplación y lectura del grande y único libro que es el de la naturaleza.

En sus discusiones con los filósofos materialistas de la época, afirma su creencia en Dios y en la inmortalidad, haciéndonos ver que a veces unas convicciones profundas confieren al hombre creencias más firmes que las afirmaciones metafísicas.

“Todas las sutilezas de la metafísica no me harán dudar por un momento de la inmortalidad del alma y de la providencia benefactora. La siento, creo en ella, la deseo, la espero y la defenderé hasta mi último aliento”²⁴⁵.

Creo, por los textos citados y muchos otros a través de su obra, que Rousseau da al término “razón” dos sentidos: el primero, en sentido peyorativo, en cuanto es algo artificial usado por los “filósofos” que alejan al hombre de la verdad que se manifiesta en la naturaleza; es

²⁴⁴ Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, discurso No 289, pág. 49, Alambra, 1985.

²⁴⁵ Emilio. Op. cit., Libro IV.

contra esta razón a la cual lanza todos los ataques por ser contraria al Estado de Naturaleza y por venirle al niño como impuesta desde fuera, como fuerza no interiorizada.

El segundo sentido dado por Rousseau a la razón es el de capacidad de escuchar y reconocer la voz del instinto y de la naturaleza, capacidad que debe llevar al educando a la realización de su autonomía, alrededor de la cual el educador montará una guardia protectora con la educación negativa, que consiste en librarlo de las presiones exteriores y de los enemigos interiores, cerrando las puertas del vicio que viene desde fuera.

En este sentido, el término razón es el que Rousseau desea que su discípulo haya adquirido para poder conducirlo, no imponiéndoselo, al sentimiento interno, emocionado y vivencial de la religión natural.

A este respecto, Rousseau nos hace un llamado para que “no anunciemos la verdad a los que no están en estado de entenderla, pues sería sustituirla con el error.” Y continúa: “mas quisiera., que no hubiera Plutarco en el mundo, antes que decir que Plutarco es injusto, envidioso y celoso”²⁴⁶.

Con esto quiere decir que no se deben presentar imágenes deformes de la divinidad, lo cual se logra si se las muestran antes de haber adquirido el uso de la razón, y se mantendría en esa deformidad por el resto de la vida, como en el caso de la madre suiza “que no quiso instruir en la religión a su hijo en la primera edad, no se diera el caso de que, complacido con esta grosera instrucción, descuidase adquirir otra

²⁴⁶ Op. cit., pág. 369.

mejor cuando tuviese la razón”.²⁴⁷ Con Emilio no sucede esto porque ha aprendido a desviar su atención de todo lo que excede su capacidad y a escuchar con indiferencia las cosas que no comprende.

La religiosidad en Rousseau

Un lector desprevenido y acrítico podría resultar “asaltado” por Rousseau, quien de manera bella, convincente y emotiva presenta su pensamiento religioso, pero que comparado con la ortodoxia católica cristiana resulta recortado y, diría yo, acéfalo, por carecer de la visión trascendental de la Revelación y Encarnación, aspecto clave y definitivo en el contexto de la visión teológica de la iglesia católica, para quien la Revelación es la epifanía de Dios, por el Padre, en la persona de Jesucristo, quien se hizo carne, y siendo Dios, acampó entre nosotros (Juan, 1,14).

Es Dios que se hace historia, semejante a los hombres en todo, menos en el pecado (S.Pablo). Perfecto hombre y perfecto Dios (acciones teándricas), y que después de muerto resucita, realizando el mayor de los milagros, para volver a la eternidad de donde había salido, pero que volverá por segunda vez en la parusía como rey y juez que aplica justicia, no como un niño pobre e indefenso cuando nació en Belem.

Sin embargo, debo aclarar inmediatamente que por cuestiones de rigor filosófico, este comentario, válido en sí, resulta como algo externo que no encuadraría en el aspecto interno de la estructura lógica del pensamiento religioso rousseuniano que es el que presentaré aquí como objeto de análisis.

²⁴⁷ Idem, Libro IV.

I. Religión natural y deísmo

El pensamiento religioso de Rousseau está expuesto en el Libro IV de Emilio en el cual expone la Profesión de fe del Vicario Saboyano donde el autor se presenta recibiendo las enseñanzas religiosas de un humilde sacerdote quien de manera detallada y sistemática va exponiendo todo el conjunto de presupuestos que basan y fundamentan la concepción de sus creencias religiosas.

Se llama religión natural, porque en opinión de Rousseau el hombre puede encontrar a Dios por su propio esfuerzo. Es entonces necesario eliminar intermediarios que obstaculicen el descubrimiento de la verdad que se da ahí en la naturaleza y en la conciencia, por la vía de la interiorización y del corazón. Rechaza la idea de Revelación, como necesaria para enseñar a los hombres el modo como Dios quiere ser servido, lo cual es origen de cultos extravagantes y de religiones. “Desde que los pueblos quisieron que Dios hablase, cada uno lo hizo hablar a su manera, y le hizo decir lo que él quiso. Si no hubiesen escuchado más que lo que Dios dijo al corazón del hombre, sólo habría una religión en la tierra”.²⁴⁸

Dicha religión natural rechaza también a la Iglesia por reivindicar una “autoridad única e infalible” que la hace cerrada al resto de la humanidad y es causa de fanatismos e intolerancia, frutos a la vez de la corrupción de la sociedad.

Por otra parte, se llama deísmo a la concepción de Dios, sin Revelación y Encarnación, Dios natural que se revela en la naturaleza y en el corazón de cada hombre.

²⁴⁸ Op. cit., Libro IV, pág. 417.

2. Presupuestos básicos de la religiosidad rousseauiana. Esquema del pensamiento.

a. En la conciencia, en la intimidad del sujeto cuando entra dentro de sí, se encuentra la verdad de Dios.

Tras un largo peregrinaje inquisidor de quien sin ser gran filósofo “tiene buen sentido y ama siempre la verdad, la busca, y si se la muestran, la abraza con pasión”²⁴⁹, se siente confuso de haber nacido en el seno de una Iglesia que lo decide todo, que no permite ninguna duda y que provoca en él la reacción de no creer en nada, acude a los filósofos, examina sus libros y los encuentra arrogantes, afirmativos y dogmáticos. Encontró además que aunque estuvieran ellos en condiciones de averiguar la verdad, ninguno se interesaría por ella, y llega al fin a decirse: “Consultemos la luz interior que nos extraviará menos que ellos (los filósofos)... siguiendo mis propias ilusiones, que abandonándome a sus mentiras,”²⁵⁰ y así llegar a poner el objeto de contemplación en él mismo, a admitirlos como evidentes en la sinceridad de su corazón y no atormentarse en aclarar lo que no puede conducir a nada práctico. Además, todas las máximas por las que rige su conducta, no las halla en la filosofía “sino en lo interior de mi corazón grabadas con indelebles caracteres por la naturaleza”²⁵¹.

Es bueno aclarar que en las primeras páginas de la Profesión de fe del Vicario, en forma aparentemente contradictoria, Rousseau presenta una serie de argumentos con sesgos marcados de metafísica, más de razón que de sentimiento, pero ello se debe a la necesidad de defenderse argumentando contra sus adversarios

interlocutores de la época, representados en panteístas, materialistas (Barón de Hollbach) y empiristas. Así, en la página 409, Libro IV, afirma: “No tengo intención de entrar aquí en discusiones metafísicas que exceden su capacidad y la nuestra y que en realidad a nada conducen. Ya os he dicho que no quería filosofar con vos, sino sólo ayudaros a que consultéis vuestro corazón”.

La meta es entonces, por la vía del sentimiento y del corazón, llegar a la conciencia donde captamos al Dios natural. “Seamos más sencillos y menos vanos. Limitémonos a los primeros sentimientos que hallamos dentro de nosotros... Conciencia, conciencia, divino espíritu, inmortal y celeste voz, guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre, juez infalible de lo bueno y de lo malo, que haces al hombre semejante a Dios. Tú constituyes la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones. Ya estamos libres de ese espantoso aparato filosófico y podemos ser hombres sin ser sabios”.²⁵² Dentro de esta posición, acorde en sus principios y refutando a los materialistas, que se empeñan en negar a Dios, expresa su convicción en la creencia de su realidad, afirmando lo que él llama el PRIMER ARTÍCULO DE FE: “Creo que una voluntad mueve el universo y anima la materia”.²⁵³ Su SEGUNDO ARTÍCULO DE FE, lo enuncia así: “Si la materia movida me demuestra una voluntad, la materia movida según ciertas leyes, me demuestra una inteligencia. Obrar, comparar, escoger son las operaciones de un ser activo y pensador, luego existe ese ser.”²⁵⁴

²⁴⁹ Op. cit., pág.377, 379.

²⁵⁰ Idem, pág. 381.

²⁵¹ Idem, pág. 404.

²⁵² Idem, pág. 411.

²⁵³ Idem, pág. 387.

²⁵⁴ Idem, pág.387, 389.

Siguiendo el hilo de su argumentación metafísica contra los materialistas, y después de haber afirmado la existencia de Dios en el primero y el segundo artículo de fe, entra Rousseau en el tema de la libertad que consiste en “querer lo que me conviene, o lo que pienso que me conviene, sin que ninguna causa extraña a mí, me determine.”²⁵⁵

Esa libertad hace que las acciones del hombre se le imputen a él y no a la providencia, de tal forma que el mal que obre el hombre viene de él y no de Dios. Parecería que Dios, previendo el mal que podría hacer el hombre al abusar de la libertad, “limitó sus fuerzas” para que no pudiese alterar el orden general de la creación. De todas formas, el mal moral y físico que es obra del hombre, es consecuencia del abandono del Estado de Naturaleza. A muy pocos males está sujeto el hombre que vive en la sencillez primitiva.

Estas ideas sirven de marco a Rousseau para enunciar su TERCER ARTÍCULO DE FE: “El hombre es libre y está animado por una sustancia inmaterial o alma inmortal que sobrevive al cuerpo y justifica el hecho innegable de la providencia divina, como creación continuada que se manifiesta en el cuidado que Dios tiene de sus criaturas. “¿Está tu alma aniquilada? Has dejado de existir.”²⁵⁶

b. La tolerancia religiosa, en el contexto de la libertad y autonomía, es la base para afirmar el carácter esencial del impulso religioso en el hombre que debe adorar a Dios en espíritu y en verdad, culto de corazón sincero que hace innecesarias las exterioridades y que nos recuerda que

debemos ser “primero hombres antes que mahometanos, judíos o cristianos”

Entonces, no tiene sentido ese sentimiento religioso si primero no nos hace hombres en el sentido de dar prioridad a lo humano, si no va encaminado a propiciar y a fomentar la convivencia social armónica entre los hombres. Es fácil comprender por qué Rousseau se va en contra de los dogmas impuestos desde fuera, contra las religiones particulares, contra toda clase de evangelización,²⁵⁷ contra la misma Biblia,²⁵⁸ para aceptar sólo el libro de la naturaleza en el cual “aprendo a servir, a adorar a su divino autor”.

El mismo espíritu de la Iglesia es diferente y contrario al espíritu del Evangelio cuyo dogma es sencillo y la moral es sublime, a causa del orgullo y la intolerancia. La caridad cristiana sólo desea que” todos los hombres se amen, se consideren como hermanos y que cada uno viva en paz en su propia religión.”²⁵⁹ Incurre, pues, en pecado, quien incite a otro a que abandone la religión en que nació.²⁶⁰ No es, pues, necesario afiliarse a una religión determinada pero sí es indispensable que todo hombre se haga merecedor de la iluminación divina a que tiene derecho, y practicar sinceramente la religión que profesa y en la cual nació cada uno.²⁶¹ El libre examen (interpretación de la Biblia de manera personal) y la comunicación directa con Dios, sin intermediarios, son ideas claves del protestantismo desde su fundación hasta la actualidad en sus diversos

²⁵⁵ Idem, pág. 397, 398.

²⁵⁶ Ibidem, pág. 400, 417.

²⁵⁷ Op. cit., pág. 420.

²⁵⁸ Idem, pág. 432.

²⁵⁹ Idem, pág. 432, 437.

²⁶⁰ Idem, pág. 370, 371.

²⁶¹ Idem, pág. 435.

grupos y manifestaciones que por todas partes proliferan.

- c. Otro presupuesto básico que encontramos en las primeras palabras de Emilio, es la bondad natural del hombre, que además es la tesis central de Rousseau en esta obra: “Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre.”²⁶²

El criterio religioso que animará a Emilio y a todo educando de manera definitiva, es la naturaleza y no la autoridad humana, siempre sometida al error.

Debe hablársele de Dios al niño a su debido tiempo, cuando esté en estado de entender la verdad, no imponiéndosela sino proponiéndosela, cuando sea capaz de leer en la naturaleza, que es cuando puede usar la razón. De lo contrario, no sería en Dios en quien creería sino en los hombres.

“Cuando un niño dice que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Pedro o en Juan, quienes le dicen que existe alguien que se llama Dios.”²⁶³ Ya finalizando el Vicario su profesión de fe, que es una efusiva y profunda manifestación no tanto de ideas como del sentimiento religioso, base de la convivencia social, se da a entender que Emilio ya ha logrado el desarrollo de la capacidad crítica de la razón, cuando “está en la edad crítica en que el entendimiento se abre a la certidumbre en que el corazón adquiere su forma y su carácter, y en que uno se determina para toda la vida, sea para lo bueno, sea para lo malo...”²⁶⁴

²⁶² Idem, Libro I, pág. 65.

²⁶³ Op, cit., pág. 368.

²⁶⁴ Idem, pág. 437.

Expone su profesión de fe a Emilio tal como la lee Dios en su corazón.

La religión natural, sostiene Rousseau, perfecta cuando salió de las manos de Dios, y enseñada por Jesús, supuestamente se corrompió también por San Pablo, y por la Iglesia con sus dogmas y sus ritos que se quedan en lo exterior (quiero misericordia y no sacrificio, como dice el salmista) y alejándose de vivir de acuerdo con la naturaleza, no entendió el papel de Jesús, más humano y natural que divino, que era ayudar al hombre a comprender su verdadera naturaleza y a encontrar su lugar adecuado en el orden natural de las cosas, y así el hombre quiere cambiarlo, pidiendo milagros en su propio beneficio, y queriendo el desorden y el mal.

El hombre natural, en la religión natural adora a Dios en espíritu y en verdad, a ese Dios que se le revela en la naturaleza, en lo recóndito del corazón y de la intimidad de su conciencia.

Conclusiones generales

De acuerdo con las tesis planteadas por Rousseau, la educación del sentido religioso sólo se debe dar cuando el joven puede comprender, entre los quince y dieciocho años. Debe seguirse el ritmo de la naturaleza de manera gradual y progresiva. El sentido religioso, para que no atente contra la autonomía del educando no debe ser impuesto, sino propuesto. La religión en Rousseau carece de la Revelación tal como la entendemos en el cristianismo, es decir, Dios que se hace hombre en la Persona de Jesucristo, en el vientre de María, por obra del Espíritu Santo. Es, pues, una religión natural y teísta. Pienso, por lo tanto, que si encontráramos en Rousseau el

tema de la Revelación y Encarnación en su pensamiento pedagógico religioso, podríamos casi hablar de San Jacobo Rousseau.

En el libro de la naturaleza, no en la Biblia ni en las iglesias particulares, se encuentra la verdad, y el hombre debe vivir de conformidad con ella. En la conciencia, en lo interior de sí mismo el hombre encuentra a Dios, como experiencia personal, sin necesidad de intermediarios, pues según él, el único mediador es Cristo.

La educación religiosa debe contribuir a lograr la clase de hombre y de humanidad, que se desea: sociable, tolerante, feliz, libre, que viva en la sociedad pero no como la sociedad, pues ésta está montada sobre la irracionalidad.

Si Rousseau se mete en temas y pruebas metafísicas, que en principio rechaza, es sólo para responder a sus interlocutores materialistas, panteístas y filósofos en general.

Es más importante en Rousseau el sentimiento que la razón pues aquél y no ésta, permite y fomenta la convivencia y la tolerancia en la comunidad humana.

La caridad cristiana sólo desea que los hombres se amen y sepan convivir y que cada uno viva en paz en su propia religión, en la que nació y fue educado. Por eso, según Rousseau, la única religión es la natural.

Rousseau cree profundamente en Dios como voluntad que mueve el universo y anima la materia, como inteligencia suprema, lo mismo que en la inmortalidad del alma, pero no le preocupa si hay o no infierno. No acepta una jerarquía eclesiástica, ninguna mediación entre el hombre y Dios, ningún sacramento. Concibe a Jesucristo como natural, como hijo de Dios, pero no Encarnado, ni como la Revelación del Padre.

Bibliografía

- BENRUBI, J. Les idées morales de J.J. Rousseau. Paris, 1940.
- CLAPEDERE, M. G., J.-J. Rousseau et la conception de l'enfance (Rey Metmor, 1912).
- COMPAYRE, G., Les grands éducateurs, J.-J. Rousseau et l'éducation de la nature (Paris, 1950, P.U.F., 1952).
- DERATHE, R., Le rationalisme de J.-J. Rousseau (P.U. 1948).
- FLORES D'Arcais, G., Il problema pedagogico nell'Emilio di G.-G. Rousseau (Brescia, 1954).
- GAILLARD, R., La pédagogie, de Montaigne a J.-J. Rousseau (Debresse, 1938).
- GRIMSLEY, R., La filosofía de Rousseau, Ed. Alianza, 1977.
- LEÓN, P. L., L'idée de volonté générale chez J.-J. Rousseau et ses antécédents historiques (Paris, 1936).
- MASSON, P. La religion de J. J. Rousseau. 3 vols. Hachette, 1936.
- MENDEL, C.W. Rousseau, moraliste. 2 vols. Nueva York-Londres, 1936.

MOREL, J., Recherches sur les sources du discours de J.-J. Rousseau sur l'origine et les fondements de l'inégalité (Lausana, 1910). Pahlmann, F., Mensch und Staat bei Rousseau (Berlín, 1939).

PETRUZZELIS, N., Il pensiero político e pedagógico di G.-G. Rousseau (Milán, 1946).

RODIEK, H., J.-J. Rousseau en Angieterre au XVIII s. (París, 1950).

ROUSSEAU, J.J. Discurso sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad entre los hombres, Ed. Alhambra, 1984.

ROUSSEAU, J.J. Emilio o la educación. Ed. Bruguera, 1985.

VIAL, F., La Doctrina Educativa de J.J. Rousseau, Ed. Labor S.A., 1937. Estudios sobre el «Emilio».

VIAL, F., Rousseau éducateur. Lecons faites a l'Ecole des Hautes Etudes Sociales (Alean, 1912).

Hay abundante bibliografía sobre las ideas pedagógicas de Rousseau anterior al siglo xx, pero no creemos de gran interés el adjuntarla, ya que es imposible su consulta, en la mayoría de los casos, como no sea en las bibliotecas francesas.

Manuscritos

Biblioteca de la Cámara de Diputados de Ginebra. Copia autógrafa con correcciones del autor.

Biblioteca de Ginebra. Copia corregida que sirvió para la primera impresión, y copia de la Profesión de fe.

Biblioteca de Neuchâtel: Emilio y Sofía.

SEN, Amartya, *THE IMPORTANCE OF BASIC EDUCATION*, Full text of Amartya Sen's speech to the Commonwealth education conference, Edinburgh, Scotland, disponible en <http://people.cis.ksu.edu/~ab/Miscellany/basiced.html>, última visita en 04/09/2007.

-----, *THE POSSIBILITY OF SOCIAL CHOICE* (Nobel lecture) en <http://nobelprize.org> (traducción del articulista), última visita en 11/09/2007.